

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, PRECURSOR DE LOS TRABAJOS LEXICOGRAFICOS DEL NUEVO MUNDO

PILAR MÁYNEZ VIDAL

La conquista de América trajo aparejada la imposición de la religión católica a los naturales amerindios. Durante este proceso de aculturación surgieron una serie de cuestionamientos tocantes a la relación de alteridad entre los europeos y los habitantes del Nuevo Mundo: ¿quién era ese “otro”?, ¿tenía la misma capacidad racional y física que ellos?, ¿cuáles eran sus creencias?, ¿de qué forma debería llevarse a cabo el proceso de conversión religiosa?

Los frailes que emprendieron desde 1523 esta empresa provenían del mundo renacentista en el cual, como sostienen Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, “se aspiraba a una concordia universal, a un atesoramiento de la verdad en todas sus formas, en un plano de generosa y amplísima comprensión humana”;¹ incluso, algunos de ellos como Pedro de Gante² y Bernardino de Sahagún, de quien nos ocuparemos aquí, se habían formado en importantes universidades europeas como la de Lovaina y la de Salamanca, respectivamente. Esto, sin duda, influyó en la manera de acometer la conquista espiritual de los indígenas americanos.³

El objetivo, pues, era erradicar el culto pagano de los naturales pero, para poder suplantarlo en favor del credo cristiano, se requería, en principio, conocer el mundo y el pensamiento de ese “otro”, a fin de lograr con mayor eficacia sus fines proselitistas. Numerosas son las citas que se pueden entresacar de las obras de algunos de estos misioneros que se convirtieron en etnógrafos y lingüistas, donde se

¹ *Historia Universal del siglo XXI. Los fundamentos del mundo moderno, Edad Media tardía, Reforma, Renacimiento*, México, Siglo XXI, 1981, v. 12, p. 147.

² Fray Pedro de Gante (1479-1572) flamenco de origen y deudo de Carlos V fue uno de los tres franciscanos que primero llegaron a México en 1523. Fundó el primer centro de enseñanza en América: la escuela de San Francisco de México, que él mismo dirigió por espacio de medio siglo.

³ De esta forma ha llamado Robert Ricard al proceso de conversión religiosa de los indígenas amerindios, llevado a cabo por los misioneros. *Cfr.* Robert Ricard *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

manifiesta la necesidad de comprender la cosmovisión indígena. Así, en el prólogo al primer Libro de su *Historia General de las Cosas de Nueva España*, dice Sahagún al respecto:

Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas, no son aun perdidos del todo. Para predicar contra estas cosas y aun para poder saber si las hay, menester es saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto, en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que las entendamos.⁴

En este contexto debe comprenderse la monumental obra de fray Bernardino de Sahagún.

Importantes investigadores han intentado reconstruir a través de las noticias proporcionadas por algunos cronistas compañeros de orden, de relaciones oficiales y sobre todo de datos aislados extraídos de su obra, las actividades religiosas, administrativas y académicas que realizó el franciscano desde su llegada en 1529 hasta su muerte en 1590, en el área central de México.⁵ Aquí sólo queremos comentar que además de su labor de catequesis, fray Bernardino ocupó importantes puestos como el de rector del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y, esporádicamente, algunos otros cargos dentro de la jerarquía eclesiástica; no obstante, su actividad más intensa la llevó a cabo en lo que hoy llamaríamos los ámbitos de la etnografía y lingüística.

Sahagún gozó en un principio del apoyo de su Orden para poder efectuar el ambicioso proyecto, que inició de manera sistemática a partir de 1558 en Tepepulco, con la ayuda de sus alumnos trilingües y de los principales sabios de esa región tezcocana. El franciscano se proponía indagar sobre los diversos componentes del universo mexica siguiendo, como asegura Ángel Ma. Garibay, el diseño de algunos trabajos enciclopédicos del medioevo inspirados en la *Historia natural* de Plinio el Mayor, como el de Bartholomeus Anglicus, en el que se presentaban jerárquicamente las materias divinas, humanas y sociales.⁶

⁴ *Historia general de las cosas de Nueva España*, editado por Ángel Ma. Garibay, México, Ed. Porrúa, 1981, t. I, p. 33.

⁵ Algunos de sus más importantes biobibliógrafos son: fray Jerónimo de Mendieta, fray Juan de Torquemada, Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, Wigberto Jiménez Moreno, Ángel Ma. Garibay, Miguel León-Portilla, Nicolau D'Olwer, Georges Baudot, Manuel Ballesteros y Jesús Bustamante, entre otros.

⁶ Cfr. Ángel Ma. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México. Ed. Porrúa, 1992 p. 568-586, Col. Sepan Cuántos No. 626, y Miguel León-Portilla, "La investigación integral de

El método de encuesta y de compilación de materiales adoptado por Sahagún en Tepepulco, lo llevó a cabo por igual en una segunda etapa de investigación que según algunos de sus biobibliógrafos transcurrió entre 1561 y 1565 en Tlatelolco.

En efecto, en el Colegio de Santa Cruz, el fraile cotejó junto con sus alumnos e informantes el material recabado en Tepepulco, a fin de realizar ciertas precisiones y ampliaciones a aquellas primeras pesquisas. Fruto de este trabajo son los que se han llamado *Memoriales*, a los que nos referiremos a continuación. Posteriormente, de 1565 a 1570 en México Tenochtitlan, revisó nuevamente ese material para dar forma definitiva a su gran *Historia General de las Cosas de Nueva España*.

Aunque, como ya se mencionó, en un principio Sahagún contó con el apoyo de la Orden franciscana para realizar su magna empresa, a partir de 1570 le fue retirado el subsidio destinado a ella, por ser "contra la pobreza gastar dinero en escribirse aquellas escrituras..."⁷ A esta restricción se aunaron también las confiscaciones de sus manuscritos por orden de la Corona Española, que advertía los efectos nocivos que podrían ejercer tales escrituras para la implantación del culto cristiano en el Nuevo Mundo.⁸

Pero regresemos al tema que nos ocupa en esta ocasión. Había, como ya se mencionó, un proyecto religioso: la conversión de los indígenas al Cristianismo; para ello se requería conocer el mundo y el pensamiento de los nuevos catecúmenos. Pero, ¿de qué manera debía realizarse este acercamiento al "otro"? Sahagún pensaba, como se puede advertir en algunos pasajes de su obra, que la lengua era la puerta de introducción al entendimiento de la cultura indígena; de ahí su marcado interés por poner al descubierto el funcionamiento morfosintáctico y sus partes léxicas constitutivas. Autor de un vocabulario trilingüe y de una gramática náhuatl, fray Bernardino sentó también las bases para la elaboración de un monumental "calepino", donde se concentra valiosísima información sobre los más diversos componentes de la cultura mexicana.

Jesús Bustamante advierte que:

Sahagún y la problemática acerca de ella", *Toltecayoll, aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 101-135. Agrega León-Portilla al respecto que además Sahagún tuvo que crear sus propios métodos para descubrir los rasgos formales y específicos de la cultura mexicana.

⁷ Cfr. Georges Baudot, *Utopía e historia en México, los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, p. 475.

⁸ Cfr. la Real Cédula de Felipe II de fecha 22 de abril de 1577 en Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel. Ma. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, p. 10-11.

...Sahagún tiene una preocupación principal: las palabras. El léxico, la definición de sus significados y la especificación de sus usos especiales... las bases de un *Calepino*. Primero, en esta obra interesan y se pretenden recoger todos los aspectos de la vida social y cultural mexicana, porque a todos estos alude el vocabulario. Segundo, la obra está meticolosamente ordenada, reuniendo las palabras por campos semánticos en una estructura jerarquizada universal (la "cadena del ser" de Dios a las formas minerales) que reúne todos los temas, todas las ciencias. La suma de ambas características es lo que hace de este escrito el germen de una enciclopedia de la cultura náhuatl.⁹

En efecto, desde los manuscritos iniciales de su gran *Historia General* entre los que figuran los *Memoriales con escolios* a los que particularmente me referiré aquí, se puede observar ese marcado interés por explicar la forma, función y significado de los distintos términos nahuas que conforman el testimonio legado por sus informantes indígenas.

En estos escasos folios se observa al lado izquierdo la versión al castellano que realizó el fraile del texto náhuatl, el cual aparece en medio, mientras que a la derecha se incluyen las glosas explicativas de las voces y frases nahuas que se destacan en la columna central con un número sobrepuesto.

Pero veamos los criterios que siguió fray Bernardino en las notas correspondientes al extremo izquierdo de estos *Memoriales*.

Quando se trata de "nombres", y aquí empleo la terminología occidental que se ha adoptado desde la primera gramática, *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos hasta los estudios lingüísticos actuales,¹⁰ el franciscano proporciona sistemáticamente su traducción al castellano y la manera en que dicho elemento entra en composición con el prefijo posesivo de primera persona del sin-

⁹ Cfr. *Fray Bernardino de Sahagún, una revisión crítica de los manuscritos y su proceso de composición*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 412.

¹⁰ Fray Andrés de Olmos advierte en su *Arte de la lengua mexicana* que: "En esa lengua se hallan todas las partes de la oración como en la lengua latina..." Edición e introducción de Ascensión y Miguel León-Portilla, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993, p. 15. Por su parte fray Alonso de Molina comenta que las partes de la oración en náhuatl son ocho: "Nombres, así como *teuil*, que quiere decir Dios: pronombre, así como *nehual*, yo. Verbo, así como *nítellazolla*, yo amo. Adverbio así como *axcan hoy*, ahora. Participio así como *intellazolla* "huel in *tellazollani*", el que ama. Conjunción así como *ihuan* y, o también preposición así como *pan*, encima. Interjección, así como *yyo*, o. En *Arte de la lengua mexicana y castellana*, México, Casa de Pedro Balli, 1576 reimpresso en México por Imprenta de Ignacio Escalante, 1886, p. 34 r. Por otra parte, Michel Launey en su *Introducción a la lengua y literatura náhuatl*, también emplea algunas denominaciones gramaticales de la tradición grecolatina como "nombres", "verbos" e "interjecciones", México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

gular. Así tenemos en *teit*=fuego, caso *notleuh*; en *tlecuilo*=hogar, caso *notlecuil*.¹¹

Para los adjetivos, y al igual que fray Alonso de Molina, compañero suyo de orden con el que debió de haber intercambiado sus materiales lexicográficos y autor del monumental *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, nuestro fraile optó por enunciar el calificativo en cuestión antecedido por el sustantivo "cosa"; así, por ejemplo, en las obras de ambos tenemos: *huitolihqui*=cosa arqueada o hecha como arca y su sinónimo *tlahuitoltic*=cosa corva; *chichiltic*=cosa colorada.

En cuanto a los verbos, Sahagún sigue también un método muy definido: proporciona la traducción al castellano en su modo infinitivo y después anota la forma pretérita en tercera persona del singular: *tona* y *tlanextia* aparecen en el texto náhuatl con los números 2 y 3 respectivamente, y en los escolios encontramos "resplandecer", pto. *otonac* y "alumbrar" pto. *otlanextli*. Esta clase de enunciación la encontramos por igual en el *Vocabulario* de Molina.¹²

Asimismo, también aparecen con su nota explicativa otras clases de palabras, como son pronombres (*nehuatl*=yo, *itla*=algo), conjunciones de elevado rendimiento frecuencial (*auh*=y, *ic*=por causa de), numerosos adverbios (*achi*=poco, *achtopa*=antes, *ahuicpa*=por todas partes, *campa*=¿de dónde?, *ompa*=allá, *yuhqui*=así, *zatepan*=a la postre) y posposiciones, o como les llama Michael Launey sufijos locativos, compuestos con un prefijo nominal¹³ (*ipan*=en él, *illoc*=con él), por citar algunos casos.

Fray Bernardino no se conformó con proporcionar sólo una traducción del vocablo; en numerosas ocasiones, encontramos yuxtapuestos dos o más posibles equivalentes del término náhuatl, como en *monehuilia*=compararse o semejarse; *cueponi*=salir la estrella o brotar y *hualoloo*=saltar o arremeter o reventar.

Observamos también en estas anotaciones lingüísticas un fenómeno muy común en la lengua náhuatl, que Ángel Ma. Garibay ha

¹¹ Al respecto Ángel Ma. Garibay advierte que uno de los caracteres estilísticos que más resaltan en náhuatl es el "individualismo", pues se tiene la tendencia a exaltar al individuo haciéndolo centro de la concepción gramatical, y así es raro usar los sustantivos en su forma absoluta". En *Llave del náhuatl, colección de trozos clásicos con gramática y vocabulario para utilidad de los principiantes*, México, Ed. Porrúa, 1978, p. 113.

¹² Sólo que en el caso de *tona*, fray Alonso prefirió traducirlo como "hacer calor o sol" y después proporciona la forma pretérita del verbo *otona*, y en el de *tlanextia* ofrece otras posibilidades como "resplandecer, lucir o relumbrar". *Op. cit.*, 149 r. y 128 v. Además Molina señala la naturaleza del verbo: transitivo, intransitivo o reflexivo a través de los pronombres que la indican en cada caso, inmediatamente después de la entrada.

¹³ *Op. cit.*, p. 219.

llamado “difusión sinonímica”,¹⁴ y que consiste en la yuxtaposición de frases de estructura y contenido semejantes: en *yn amo ixnamiquiliztli, in amo yecoliztli*=cosa no sufrible, cosa intolerable, tenemos que la estructura y el contenido de los sintagmas son muy parecidos, sólo varía la forma de los nombres, los cuales, por otra parte, comportan el mismo significado. Mientras que en *cenca itztic, huel tececmicti, tipenahualti, tetetzilihuiti*=muy cosa fría, cosa que mata de frío, cosa que hierta de frío, cosa que hace temblar o tiritar, encontramos dos estructuras diferentes: dos frases y dos vocablos con distintas clases de palabras que indican mediante diversos procedimientos la intensidad que caracteriza a la sustancia; esto es, a través de los adverbios *cenca* y *huel*, en los dos primeros sintagmas, y mediante el reduplicativo de *tetzilihuiti*, e incluso a través del sentido propio que encierra el vocablo *tipenahualti*, en los dos últimos términos.

En ocasiones Sahagún proporcionó las posibles acepciones de una palabra, como en el caso de *Nanahuatzin* “nombre de un dios que era buboso y nombre de la misma enfermedad” y *Tecuciztecatl* “nombre propio de un dios y de la luna”.

Otras veces fray Bernardino recurrió a la comparación para aclarar el término indígena, como por ejemplo en *Tlalocan*=tierra de deleites como el paraíso terrenal, e incluso, en algunos casos, dejó su propia interpretación respecto al concepto referido, como en *Xochilhuatl*= “una fiesta de demonios”.

También encontramos en las glosas de estos *Memoriales* que algunas voces antillanas, incorporadas en el español americano desde épocas muy recientes al primer contacto entre los habitantes del nuevo y viejo mundos, traducen la palabra náhuatl. Estos casos se pueden apreciar en *netzalli*, que aparece en los escolios definido como “maíz cocido como arroz”, donde *maíz* está en lugar de *centli*, o también en el siguiente ejemplo donde se puede observar dentro de la explicación el intercambio de una voz antillana con una castellana: *contlayyahuliaya* “alzar algo en reverencia del que está lejos ofreciéndoselo y también quiere decir alzar de pie o la mano andando haciendo *areito* o *danza*”.

La incorporación de algunos vocablos procedentes de las lenguas antillanas en la española en fechas muy tempranas fue determinante. Algunos estudiosos han afirmado que la infiltración inicial de estas voces fue decisiva frente a la competencia con algunos términos nahuas que se incorporaron posteriormente, pero ya sin la

¹⁴ Garibay comenta que “uno de los más notables modismos de la lengua es la repetición de palabras al parecer redundantes, por ser de significado análogo”, *op. cit.*, p. 114.

misma vitalidad.¹⁵ Esto explica el que algunas palabras del texto náhuatl de los *Memoriales* sean explicadas en los escolios mediante su equivalente en otras lenguas indígenas de gran arraigo, desde los últimos años del siglo XV en el español americano.

Ahora bien, como ya se ha venido viendo, el número sobrepuesto en la columna central de los *Memoriales con escolios* sirvió para indicar, tanto los términos como las frases que se explicarían en la parte destinada a las glosas. Así, de la misma manera que se definieron palabras sueltas de distintas categorías gramaticales, también se explicaron sintagmas de diferente composición, como por ejemplo:

amo huel=no es posible, *ca ye qualli*=está bien,
in ayamo tona=antes que resplandeciese el sol
zan teixpampa yehuac, *cholo*=huir de alguno

Quedan, sin embargo, algunas interrogantes respecto a los criterios que siguió Sahagún tanto en la asignación numérica, como en la selección de los términos que así habrían de destacarse.

Si bien es cierto que nuestro lexicógrafo adoptó una numeración sucesiva del 1 al 100 en la que cada palabra o sintagma elegidos ostentara su correspondiente dígito, en algunos casos —muy aislados por cierto— no se apegó a este método. Así tenemos que generalmente cada uno de los significantes de dos o más sinónimos son distinguidos con su propia cifra; sin embargo, también se encuentran casos, en los que fueron señaladas con el mismo número diferentes palabras de significado equiparable, como en el folio 196 *quiltic*, *quiltaltic*, *iyappaltic*, *quiltalli*, *iyapalli*=cosa verde, fueron anotadas cada una de ellas con el seis.

Ahora bien, la mayor parte de los términos destacados con el dígito aluden a conceptos medulares de la cosmovisión indígena y son nombres o verbos, tales como *Nanahuatzin*, *Tecuciztecatl*, o bien *copal*=incienso de esta tierra, *mictlan*=infierno, *Tlalocan*=paraíso, *tlanextia*=resplandecer, *nezoaya*=la hora de ofrecer sangre de las orejas, *nezahualoya*=ayunar. Pero Sahagún no trataba tan sólo de explicar las voces de especial contenido en la cultura mexicana; también, como ya se indicó, quiso definir en sus glosas otras categorías gramaticales portadoras de diversas funciones, como los pronombres, los adverbios, las conjunciones e incluso las interjecciones.

¹⁵ José G. Moreno de Alba comenta que la "importancia de las Antillas en lo que respecta al léxico indígena incorporado al español es fácilmente explicable, pues realmente ahí se configuró el destino americano del español y las voces pasaron de ahí a constituirse en elementos del español general en el momento que se extendió por América". *El español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 51.

Por lo general, fray Bernardino definió una sola vez en los escolios el término o la frase en cuestión; no obstante, algunas voces de distintas categorías gramaticales aparecen explicadas dos o más veces, como *mitoa*, *nepantla*, *yuh*, *yuhqui*, *oncan*. Lo anterior podría deberse quizá al elevado rendimiento frecuencial de dichas palabras en el texto.

Aunque fray Bernardino de Sahagún no logró concluir este interesante ensayo lingüístico, pues son unos cuantos los folios anotados de esta forma, sí se ocupó, en cambio, de establecer los fundamentos de un monumental calepino sobre los más diversos componentes del mundo mexica. Este es indudablemente el trabajo más completo de su ambicioso proyecto lexicográfico, en el que, si bien no proporciona una columna específica de referencias gramaticales del tipo advertido en los *Memoriales con escolios*, sí ofrece, por otra parte, una detallada descripción semántica de los lexemas tratados.

En efecto, fray Bernardino dispuso en 1575, quince años antes de su muerte, una copia de los doce libros de su obra más acabada conocida como *Códice Florentino* que contiene numerosos aspectos relacionados con la religión, flora, fauna, alimentación, herbolaria, estratificación social, comercio y gobierno de los antiguos mexicanos.

En la parte castellana del *Códice Florentino*, Sahagún introdujo alrededor de cuatro mil voces nahuas acompañadas de aproximadamente veinte mil definiciones distintas.¹⁶ Por supuesto que algunas de ellas aparecen en el texto con mayor frecuencia que otras, debido a la importancia que revistieron en ese particular universo.

Las bases de ese que muchos de sus contemporáneos llamaron "calepino" están echadas. Resta sin embargo, la elaboración de lo que sería propiamente el calepino, es decir, de ese enorme vocabulario conformado por las voces nahuas extraídas de la crónica sahadunense, que fueron transvasadas al castellano por una excepcionalmente renacentista que intentó acercarse al mundo del "Otro", definiendo los diversos términos de su expresión lingüística.

El propio Sahagún expresa al respecto:

Es esta obra como una red barredera, para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua, con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar porque con harto menos trabajo de lo que

¹⁶ Se ha realizado ya una parte de este "calepino" en el trabajo de Pilar Máñez, *Religión y magia, un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, México, UNAM, ENEP Acatlán, 1989.

aquí me cuesta, podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana.¹⁷

En un estudio que se realiza actualmente en la Universidad Nacional Autónoma de México, se tiene ya la compilación y captura del material léxico, entresacado del manuscrito sahadunense; falta, sin embargo, efectuar un último cotejo con el *Códice Florentino*, a fin de que dicho *corpus* conserve inalterado la forma y el contenido del texto original del que se extrajo.

Esperamos que este trabajo sea una digna prolongación de aquél emprendido por el excepcional franciscano y sus informantes y alumnos indígenas hace más de cinco siglos.

¹⁷ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, t. 1, p. 32.